



Los petroleros están inquietos

La muerte del Presidente Nasser ha provocado una ola de inquietud entre los dirigentes de las grandes compañías petrolíferas internacionales. Contrariamente a la leyenda forjada a partir de la nacionalización brutal de la Compañía Universal del Canal de Suez, el 26 de julio de 1956, el Presidente Nasser no era considerado por la alta finanza internacional como un adversario irreductible. Nasser había dado prueba de su gran realismo al indemnizar, en condiciones perfectamente válidas, a los accionistas de Suez por él desposeídos. Por otro lado, su régimen mantenía relaciones fructíferas con numerosas firmas occidentales.

Pero fue sobre todo en el sector más neurálgico, el del petróleo, donde manifestó el Presidente recientemente fallecido sus tendencias liberales. Nasser concedió a las sociedades extranjeras, principalmente norteamericanas, operantes en Egipto, un régimen de beneficios muy ventajoso, bastante próximo al sistema tradicional de royalties «fifty-fifty».

Por otra parte, Nasser demostró su moderación en el trato con las compañías petrolíferas al negarse a atender las exigencias de los numerosos jefes políticos árabes, que reclamaban la nacionalización inmediata y sin indemnizaciones de todas las sociedades explotadoras de yacimientos cuando la guerra de los Seis Días.

¿Qué harán ahora los sucesores del político desaparecido, en este terreno esencial? Si prosiguen su política de moderación, ésta no tendrá el mismo valor ejemplar que antes, porque no llevará el marchamo prestigioso de Nasser. Si, por el contrario, endurecen su política, contagiarán a todo el Oriente Medio.

En este plano, la Unión Soviética va a desempeñar un papel determinante. En efecto, los soviéticos, si es que consiguen aumentar su influencia en El Cairo, pueden favorecer una reorientación más socialista de la política económica del país, en detrimento de los intereses occidentales. Ya han hecho algo parecido en el Irak, donde ayudan al gobierno de Bagdad a explotar el yacimiento de Rumella-Norte, que antes explotaba la Iraq Petroleum Company.

Pero, incluso sin intervención soviética, la confusión política que quizá resulte de la muerte de Nasser puede perjudicar a las compañías occidentales, sobre todo te-

niendo en cuenta que el mercado mundial del petróleo atraviesa actualmente un período de escasez que está motivando un alza considerable de los precios (de un 150 por 100 en el espacio de seis meses). Semejante coyuntura estimula el apetito de los diferentes interesados: las compañías concesionarias, por un lado, y los Estados árabes, por el otro.

A pesar de los compromisos que se realizan hoy en materia fiscal entre Libia, uno de los principales productores árabes, y las sociedades angloamericanas, es probable que se produzcan nuevos enfrentamientos durante los próximos meses.

Una Yalta flotante

Basta comparar las dos flotas para darse cuenta de que no están destinadas a medir fuerzas: su concepción, su estructura, su papel, todo es diferente. Y basta igualmente echar una ojeada a los mapas marítimos para comprobar que los navios americanos y soviéticos están dividiendo los mares en grandes zonas de influencia en lugar de prepararse para un futuro enfrentamiento.

Es verdad que, numéricamente hablando, las dos grandes potencias están más o menos equilibradas, con ventaja para Estados Unidos, que disponen de dieciséis portaaviones gigantes, mientras que la Unión Soviética sólo cuenta con dos portahelicópteros. Ahora bien, los soviéticos disponen de más misiles que los americanos, y la construcción naval soviética se realiza a un ritmo mucho más rápido que la americana: en dieciséis años, la Marina soviética ha multiplicado por diez sus efectivos. Si mantiene esta cadencia, y si el Congreso americano sigue recortando el presupuesto de la Marina, para 1975 la Marina de guerra soviética habrá superado a la norteamericana en número de unidades y en tonelaje, e incluso en potencia de fuego. Pero aquí las cifras apenas significan nada, pues las dos flotas son difícilmente comparables.

Por el lado americano, todo está construido a partir del portaaviones gigante, impresionante isla semoviente dotada de todos los instrumentos de detección, de protección y de ataque (incluido el atómico). Todo gira en función y alrededor del portaaviones, como los cubos de un juego de construcción o las moléculas de un átomo. La ventaja de este sistema es que cada flota

americana es completamente autónoma y que no depende para nada de ninguna base extranjera. Defensa, ataques convencionales y atómicos, combates navales, desembarcos, operaciones terrestres, bombardeos y caza aérea, todo lo puede hacer sola una flota americana. En tiempo de guerra, los submarinos atómicos armados de cohetes Polaris, imposibles de localizar en principio, podrían ir de un lado para otro indefinidamente... En una palabra, cada flota es un circuito cerrado que incluye todo, desde chicle para los hombres hasta la bomba atómica.

Este sistema, claro está, tiene sus inconvenientes. Está ultraperfeccionado, pero, al mismo tiempo, un poco pasado de moda. Porque esos enormes portaaviones, que llevan funcionando más de quince años, son relativamente vulnerables frente a los nuevos misiles. Más vulnerables, por ejemplo —y es algo que reconocen los propios expertos americanos—, que lo serían una serie de unidades más pequeñas, dispersas y equipadas de cohetes... El gobierno americano sabe que un día tendrá que sustituir con alguna otra cosa estos enormes portaaviones que Kruschchev llamaba en 1960 «ataúdes flotantes». Pero esa operación cuesta dinero, y, además, la transición dejaría una laguna de debilidad; por eso los americanos están dudando tanto.

¿DONDE REFUGIARSE?—El sistema soviético, más reciente (data de hace quince años, todo lo más), es bastante diferente. Antes que llevar aviones por el mar, los soviéticos prefieren poner a flote misiles, versión moderna de las antiguas cañoneras. Opinan que una pequeña unidad equipada de misiles perfeccionados puede fácilmente acabar con un gran destructor clásico (como ocurrió en 1968, cuando un pequeño «Komar» soviético consiguió hundir, en cuestión de minutos, al «Eilat» israelí). Armados de esta filosofía, los soviéticos empezaron a fabricar submarinos, clásicos y atómicos (el ritmo actual es de ocho submarinos nucleares al año, lo que representa ya una armada submarina más importante que la de los países de la OTAN). Luego, portacohetes. Y, finalmente, helicópteros (que transportan a los primeros «marines» soviéticos). Paralelamente han construido una flotilla de pequeñas embarcaciones espías muy móvil y discreta. Los soviéticos han elegido, pues, como armas, el misil y el submarino; los norteamericanos, un poco más anticuados, han optado por el avión y el portaaviones.

Ahora bien, el sistema soviético tiene también sus puntos débiles: a medida que se extiendan por los mares, los navíos soviéticos necesitarán bases fijas capaces de acogerlos y aprovisionarlos en condiciones de seguridad. Muy pronto,

la Unión Soviética se encontrará con la que fue pesadilla de los militares norteamericanos: encontrar refugios seguros en países «amigos». Por otro lado, la sustitución de la aviación por una artillería naval de largo alcance priva a la flota soviética de todo apoyo aéreo. Mientras la flota tenía un campo de operaciones relativamente próximo a la Unión Soviética, todo iba bien. Pero el problema de las bases y de los misiles terminará planteándose, se ha planteado ya en la medida en que, de un año a esta parte, estamos asistiendo a una amplia operación de «ocupación» de los mares todavía libres por la flota soviética.

EL GRAN SALTO.—Sin embargo, no parece que los americanos se alarmen ante esta repentina expansión de la Marina soviética. Por más que ésta es evidente: en 1967, la flota soviética llega al Mediterráneo. Tres años después, el número de navíos que tiene en esta mar supera al de toda la Sexta Flota. Al mismo tiempo, gran número de navíos soviéticos manobran en el mar de Noruega, donde, en octubre de 1968, se cuentan aproximadamente 50 unidades, protegidas a distancia por las bases del Báltico y, claro está, del Ártico, terreno de caza tradicionalmente soviético. En 1968 igualmente, una flotilla de submarinos (algunos nucleares) aparece en el corazón del Atlántico, en las proximidades de las Bermudas y las Azores. En el mar de China y de Japón, son los navíos soviéticos, una veintena en total, los que divisan al barco-espía «Pueblo», de cuya captura se encargan, sin embargo, los norcoreanos.

En 1970 se produce el gran salto: La Unión Soviética se instala en el océano Índico y en el golfo Pérsico, utilizando al principio barcos de pesca, para firmar luego acuerdos que le permiten utilizar una serie de puertos «amigos» en Ticomales (Ceylán), Socotora (Yemen del Sur) y en la Isla Mauricio. Socotora, Isla Mauricio, Ceylán: he ahí un triángulo que «cubre» la ruta del Cabo (la de los grandes petroleros), así como todas las regiones disputadas políticamente del golfo Pérsico y de África oriental.

Todo esto nos hace pensar en un «gran reparto»: los Estados Unidos ocupan sobre todo el Atlántico, el Pacífico y el Mediterráneo; la Unión Soviética ocupa el mar Negro, parte del Mediterráneo, el océano Índico, el mar de China, el Báltico y el Antártico. Es decir, que la URSS rodea a China, mientras que los Estados Unidos, esencialmente, se protegen. Y esta Yalta flotante cuenta ya —diga lo que diga Nixon desde lo alto de su portaaviones— con la aprobación de los dos supergrandes. ■ **JOSETTE ALIA.**

El general se venderá bien

Colombey-les-Deux-Eglises. Junio de 1970. El general De Gaulle recibe a Marcel Jullian. Jullian tiene cuarenta y ocho años, es rechoncho y tiene los ojos vivos. Es el P. D. G. de ediciones Plon (y al mismo tiempo es el coscenógrafo de «Cor-

es decir, casi hasta el referéndum para la elección de Presidente de la República por sufragio universal.

El libro tiene 320 páginas y está dividido en siete capítulos titulados: «Las vacilaciones», «Ultramar», «Argelia», «Economía», «El mundo», «Europa» y «El Estado». Contrariamente a las «Memorias de guerra», no tendrá anexos, ya que éstos corresponden a los tomos III, IV y V de sus «Discursos y mensajes», publicados asimismo por Plon.

La primera edición de este primer tomo (250.000 ejemplares) había sido anunciada para el 20 de noviembre, pero inesperadamente,



niaud» y de «La grande vadrouille»). El general le tiende el manuscrito del primer tomo de sus «Memorias de esperanza» y le dice: «Léalo y dígame si le interesa». El criterio fue favorable y el único que solicitó el autor. Aparte de su hija, madame Alain de Boissieu, que pasó el manuscrito a máquina, y de madame De Gaulle, ninguna otra persona tuvo acceso al texto. Para evitar las «filtraciones» se llegó incluso a entregar el manuscrito a la imprenta página a página.

Este primer tomo, titulado «Le Renouveau», abarca el período que va de mayo de 1958 a julio de 1962,

Marcel Jullian ha adelantado la salida. Lo ha hecho así, según ha declarado, para prevenir filtraciones. La edición se ha agotado.

El interés de los editores extranjeros no es menor que el del público francés. En la Feria de Francfort, las Memorias han atraído la atención de visitantes y editores. Discretamente, Jullian se ha limitado a transmitir al general las ofertas que ha recibido. Pero ya antes de la Feria, Plon, de acuerdo con el general, había hecho una excepción: había concedido los derechos de traducción a la editorial Taurus, de Madrid.